

Niels Peter Rygaard, *El niño abandonado: guía para el tratamiento de los trastornos del apego*, Barcelona, Gedisa, 2008, 308 pp., ISBN: 978-84-9784-226-6.

MARÍA MORANO GUILLÉN

El apego es el vínculo que desde el nacimiento los bebés comienzan a establecer con su madre y, más adelante, con la figura de su cuidador o cuidadores principales. Este vínculo supone, entre otros aspectos, la base del desarrollo de la personalidad futura del niño, así como de su capacidad para explorar el mundo con confianza (y consecuentemente, aprender); además, ese primer contacto configurará el modo en el que el niño se relacionará con otros niños y adultos en un futuro. ¿Qué ocurre entonces si un niño no recibe el afecto, cuidados y estimulación necesarios durante sus primeros años de vida?. Niels Peter Rygaard es un psicólogo danés que trata de responder a estas y otras cuestiones en su libro *El niño abandonado*. El autor ha trabajado durante más de 25 años con niños y niñas que padecen trastornos del apego graves. También es creador del programa Fair Start, que está disponible a través de la web y que tiene el objetivo de que se mejore la atención infantil en instituciones infantiles, orfanatos y familias de acogida. Esta vasta experiencia profesional permite a Niels Peter Rygaard observar y detallar minuciosamente los síntomas que caracterizan a los niños que han sufrido carencias tempranas importantes. Son síntomas que se agrupan para conformar el denominado trastorno grave del apego. Se constata que la ausencia de estimulación táctil y de movimiento durante los dos o tres primeros años de vida afecta al desarrollo del sistema nervioso central, al desarrollo sensoriomotor y de la personalidad emocional. Curiosamente, estos niños suelen tener un nivel de inteligencia y lingüístico normales si a partir de los dos años se introducen en un ambiente que pueda compensar las carencias tempranas sufridas, pero como secuela queda un gran retraso a nivel emocional y social. Por ello, aunque a priori no lo parezca, son muy inmaduros, por lo que será necesario tratarlos como a niños bastante más pequeños de lo que realmente son.

Pero, ¿qué puede ocasionar que un niño sufra estas carencias?. En el libro se analizan y describen muchas de las posibles causas de este trastorno, algunas de las cuales, según el autor, se ven favorecidas por cambios sociales propios de los últimos tiempos. Malos hábitos de vida de la madre durante el embarazo (des-

nutrición, falta de sueño, alcoholismo o drogadicción) afectan al desarrollo fetal provocando un desarrollo sensoriomotor anormal (hipo o hipersensitividad del niño). Circunstancias adversas como enfermedades, complicaciones perinatales o bajo peso al nacer, pueden provocar también separaciones entre el bebé y su figura de apego en periodos críticos del desarrollo. Padres psicóticos o con trastornos de personalidad cuyo comportamiento ante sus hijos es imprevisible, inestable o desorganizado. Violencia física o sexual en el hogar. Límites insuficientes o inconsistentes en el seno de la familia. Separaciones frecuentes de la figura de la madre, ocasionadas por la progresiva incorporación de la mujer al mundo laboral sin que los gobiernos faciliten periodos de baja maternal más prolongados, sumado al cada vez menor protagonismo de los abuelos en las familias, ocasiona que muchos niños pasen por manos de diferentes cuidadores (extraños en muchos casos). En estos ambientes hostiles e inseguros los niños han aprendido a reaccionar agresivamente si se sienten amenazados, y seguirán usando estas estrategias de supervivencia que les han resultado útiles en el pasado. Además, cuando no existe una mínima estabilidad en el entorno se dificulta la adquisición de uno de los logros más importantes del desarrollo como es la permanencia del objeto (comprensión de que los objetos siguen existiendo aunque no puedan ser vistos, oídos o tocados); este es el motivo por el que el niño con trastorno de apego grave vive en un continuo presente. Apenas recuerdan sentimientos o acontecimientos. Tampoco tienen conciencia de los otros si no están presentes ni desarrollarán un sentido completo de su propia identidad, siéndole muy difícil apreciar que son agentes activos cuyo comportamiento tiene determinadas consecuencias en el entorno. Es por ello que los castigos son poco efectivos con este tipo de niños, y a menudo carecerán de sentimientos de culpa y de empatía.

¿Qué pueden hacer los padres, profesores, educadores o terapeutas cuando se encuentran con niños de estas características?. En este libro se ofrece una guía acerca de cómo intervenir para tratar de compensar algunos de los déficit padecidos desde la más temprana edad. El autor propone la terapia ambiental diferenciando entre distintas etapas del desarrollo. Niels Peter Rygaard propone como base de la terapia la creación de un ambiente simple, estable y estructurado para el niño (precisamente de lo que han carecido en sus primeros años de vida). El aprendizaje sólo se puede dar cuando logramos esta estabilidad y las necesidades corporales están satisfechas. Las primeras tareas encomendadas al niño deben ser muy concretas y estar un poco por debajo del nivel real del niño; para la adquisición de nuevas habilidades han de seguirse una serie de pasos repetitivos. Si el adulto es una persona predecible y reconocible, entonces el niño podrá ir adquiriendo la permanencia del objeto, y sólo entonces podrá vincularse. Cualquier cambio ha de introducirse con mucha delicadeza. El adulto debe actuar como un filtro de las experiencias del niño para que éste pueda entenderlas y gestionarlas. Hay que dejar claro que el adulto es quien lleva el control. Esto implica firmeza

y toma de decisiones, ser constante y paciente, reforzar, asumir la responsabilidad de lo que sale mal, ser realista en los objetivos y hablar sólo en presente o en futuro inmediato. Es importante lograr que el niño tenga cierta conciencia de sí mismo y del impacto de sus acciones y conseguir mínimas variaciones planificadas en el comportamiento para lograr cierto control, así como trabajar la tolerancia a la frustración, aprender que los comportamientos tienen castigos y recompensas y explicar a los niños cuáles son sus dificultades principales. En todo este proceso es fundamental la estimulación a través del movimiento (balanceos, giros...) y el contacto físico con el chico, pero siempre muy progresivamente y sin sobreestimar, ya que el niño puede reaccionar con un gran estrés ante la intimidad.

El autor dedica algunas páginas a casos que merecen una consideración especial en la intervención: niños adoptados, familias en las que conviven otros niños sin trastorno de apego, menores que han sufrido abuso sexual y terapia ambiental durante la adolescencia.

El trabajo de intervención propuesto se adivina arduo, costoso y absorbente, con logros pequeños a medio y a largo plazo, lo que requiere unas habilidades especiales por parte de los terapeutas, cuidadores o profesores de los niños así como de una serie de recomendaciones que ayuden al adulto a persistir en su tarea para que el niño no vuelva a ser nuevamente abandonado. Resulta fundamental contar con un supervisor o alguna otra persona con la que poder hablar acerca del caso, compartir responsabilidades, explicar repetidamente a otras personas que tienen contacto con el niño qué es el trastorno grave del apego y no olvidarse de sus propias necesidades personales.

*El niño abandonado* resulta un libro dramático e inquietante por cuanto pone de relieve la vulnerabilidad física y psicológica de los niños en sus primeros años de vida, dependientes del vínculo con un adulto que provea el cuidado, afecto y estimulación necesarios para el adecuado desarrollo del menor. El autor nos expone muchas situaciones y factores que pueden tambalear este soporte, y con él, al menor cuyo sistema nervioso central está en formación, ocasionando secuelas de gravedad que serán difícilmente reparables. Por ello, el primer paso debería ser el trabajo preventivo, para lo que serían necesarios distintos recursos de los que se carecen en muchos países.

El gran mérito del texto estriba en que supone una guía magistral para la comprensión de cómo funcionan y cómo ven el mundo estos niños que han sufrido tantas carencias, dejando de lado el uso de etiquetas negativas que se cronifican en muchas ocasiones en el tiempo. De esta manera, poniéndose en el lugar del niño abandonado, resultará algo menos dificultoso convertirse en el referente que el niño perdió o nunca llegó a tener.